

guerras de Marco Aurelio contra los marcomanos. Este enemigo era Atila, el rey de los hunos. Ya Aecio, desde 401, presentaba el inmenso peligro que amenazaba al imperio romano por el lado de la Panonia y del Danubio. Mientras la península española, cuya mitad oriental continuaba todavía siendo romana, estaba sufriendo la plaga de los bagaudos y las correrías de los suevos de Galicia, que llegaron hasta Mérida, Sevilla y Cartagena, y que solo se suspendieron desde el año 452 por efecto de un convenio; y mientras en 445 fué menester rechazar en la Galia á los francos, que habían avanzado otra vez hasta el Somme, los hunos, que hasta entonces habían mantenido relaciones pacíficas con los dos imperios, el de Occidente y el de Oriente, habiendo recibido de este último regularmente subvenciones, tomaron de improviso la actitud guerrera con que hacia 70 años estaban amenazando al Occidente.

Las principales tribus hunas estaban acaudilladas según parece ya por el año 424 por una familia entre cuyos miembros habían adquirido una nombradía especial los hermanos Rua ó Rugilas ó Ruhilas, Uptar y Mundzuc. Entre estos, el gran khan Ruhilas había tenido ya relaciones con el imperio romano y su amigo Aecio le había cedido una parte de la Panonia Oriental. Sus relaciones con el imperio de Oriente eran también oficialmente amistosas, pero sabía que aquel gobierno trabajaba, siguiendo su acostumbrada política, para sobornar las tribus y pueblos sometidos y tributarios de los hunos como de otros vecinos peligrosos. Murió este khan y le sucedieron en la jefatura sus sobrinos Bleda y Atila, hijos de Mundzuc, que había muerto antes. La tradición popular que se ha ido formando en el trascurso del tiempo ha concentrado en Atila todos los horrores que cayeron sobre la Europa con la invasión de los bárbaros añadiendo lo que la imaginación de los pueblos ignorantes quiso, haciendo de Atila el verdadero *asote de Dios* tal como los pueblos todavía se le figuran. Estas exageraciones eran en gran parte debidas á la rapidez, semejante á la de un meteoro, con que la invasión de Atila, la mayor de todo el largo período de las irrupciones bárbaras, pasó por la escena del mundo, y porque lo más permanente que quedó de sus obras fué la destrucción. Los mogoles terribles de la Edad media, Gengis-Khan y Timur, han superado á Atila mil veces en ferocidad sanguinaria, ordenando matanzas espantosas en grande escala; pero al cabo dejaron creaciones positivas. La verdad es que Atila era entre los suyos y entre los demás pueblos bárbaros intelectualmente un gigante, si bien físicamente tenía los caracteres de su raza como los demás, porque era de estatura pequeña, de pecho ancho, de tez morena sucia, de cabeza grande, ojos pequeños, nariz remangada y barba escasa. En medio de su gran poderío, no abandonó nunca, por lo tocante á su persona, la vida frugal y sencilla del nómada, pero se despojó de la suciedad y del cinismo primitivos y propios de su raza. Es preciso admitir que su persona debía imponer muchísimo á los que se le acercaban: los hunos veían y veneraban en él la esencia del gran soberano, benéfico y justo, que hace observar las leyes y mantiene la regularidad, por supuesto castigando á los infractores como déspota con penas tremendas, á las cuales los hunos estaban acostumbrados como otros pueblos orientales. Romanos y griegos buscaron asilo bajo su régimen patriarcal, solicitando empleos y sirviéndole con fidelidad para huir de las contingencias terribles que llevaba consigo la civilización del mundo greco-romano, y los germanos le servían como guerreros con no menor fidelidad.

Para el mundo antiguo greco-romano fué funesto Atila, porque le dominó el deseo de fundar un imperio universal y este deseo le puso en conflicto con los dos imperios romanos, cuya civilización no obstante le atraía; pero más

fuerte era su insaciable sed de oro y la convicción que tenía de su propio poder material y de su capacidad intelectual admirable, con la cual comprendía perfectamente hasta dónde llegaban su fuerza y sus medios y los de sus adversarios, y de consiguiente hasta dónde podía extender su ambición. Esta seguridad y convicción moral le hacían insolente, brutal, mofador y desconocedor de todo principio de justicia en su trato diplomático con los romanos, cuando sabía que era el más fuerte. En cambio, cuando trataba cuestiones prácticas y puntos concretos sabía disimular con astucia incomparable sus impulsos y fuertes pasiones y preparar sus proyectos con prevision y habilidad, sabiendo perfectamente hasta dónde podía contar con sus hunos y demás fuerzas y medios de que disponía. Personalmente valiente, no le gustaba la efusión inútil de la sangre de los suyos, y á pesar de su grande arrojo y energía, sabía detenerse ante resistencias y obstáculos cuando con sus medios no podía vencerlos sin jugar el todo por el todo.

Un año ó dos después de haber sucedido á su tío, desbarazóse Atila de su hermano Bleda, que no llegaba ni con mucho á su altura, y se ocupó durante mucho tiempo en someter á todos los pueblos de raza hunna, finesa y eslava y á muchos pueblos germánicos, á los cuales impuso según la costumbre de todos los conquistadores orientales tributos y la obligación de tomar parte con sus hombres de guerra en sus expediciones. Poco á poco extendió de esta manera su dominación desde el mar Caspio hasta las selvas de Turingia, y desde el Báltico hasta el Danubio. En el año 441, excitado al parecer por Genserico y su oro, empezó sus ataques al imperio de Oriente con el pretexto de haber aquel gobierno dado asilo á desertores hunos y con otros pretextos de este género. Como ni la fuerza armada, ni la diplomacia ni la energía del gobierno de Teodosio podían medirse con las de Atila, este hizo sufrir á la corte de Constantinopla toda clase de humillaciones en el citado año y en el siguiente, y mucho más cuando en el año 447 trasladó su residencia entre el Danubio y el Teiss, ó sea entre Pest y Debrescin, asolando á su sabor la Mesia y la Tracia interior hasta cerca de Constantinopla y destruyendo cuantas ciudades cayeron en su poder para no embarazar los movimientos y correrías de sus tropas. A principios del año 448 convino Atila en un tratado de paz con el gobierno de Constantinopla que hubo de aprontar sumas inmensas sin contar un tributo anual crecidísimo. No obstante, continuaron las negociaciones entre el huno y el imperio de Oriente por varios motivos, pero siempre humillantes para el último, hasta la muerte del débil emperador Teodosio II, á consecuencia de una caída de caballo á fines de julio del año 450. Su hermana Pulqueria, proclamada emperatriz, se casó entonces con el general Marciano, una de las personas más capaces del imperio, el cual desde luego se negó á pagar á Atila el tributo estipulado. Conociendo el huno el valor y demás cualidades eminentes de Marciano, juzgó prudente dejar al imperio de Oriente en paz, y para indemnizarse se lanzó sobre el de Occidente, poco explotado todavía y que hasta entonces había sido por él respetado á consecuencia de sus antiguas relaciones amistosas con Aecio. Esta vez prescindió de tal consideración y determinó corresponder á las muchas instancias que se le hacían de diferentes partes del Occidente. Placidia, con todo su talento, no había estado á la altura de su misión ni como regente ni como educadora de sus hijos; su celo fanático por la religión ortodoxa y la Iglesia, que había inculcado á su hijo Valentiniano III, no había podido hacer de este un hombre de talento, y su necio empeño en conceder el título de *augusta* á su bella y voluptuosa hija Honoria, y por motivos políticos querer determinarla á per-

manecer siempre soltera, no tuvo más resultado que impulsar á la joven princesa á una relación amorosa muy vulgar, en castigo de la cual fué enviada en el año 434 á la corte de Constantinopla. Allí, fuese por venganza ó por deseo de aventuras, tuvo la funesta idea de ofrecer secretamente su mano al rey de los hunos. Por el momento Atila no hizo caso de la oferta, pero en el año 450 la juzgó un buen pretexto para buscar un conflicto con el imperio de Occidente. Pidió, pues, la mano de la princesa y además grandes concesiones, que fueron rechazadas rotundamente. Honoria fué conducida á Rávena, casada allí por ceremonia con un cortesano insignificante y condenada en seguida á reclusión perpétua. Al propio tiempo Genserico estaba excitando al rey huno contra los godos de Teodorico I, á cuya hija había maltratado atrocemente después de haberla casado con su hijo Hunerico, por cuya razón temía que en venganza el rey visigodo se uniera con los romanos contra él. Al mismo tiempo en 447 se refugiaron en la corte de Atila, entre otros muchos fugitivos y descontentos, un médico natural de Galia llamado Eudoxo, que se había pasado á los bagaudos, y un caudillo franco que había tenido que ceder su puesto á su hermano, protegido por Aecio.

En tales circunstancias se hicieron grandiosos preparativos de guerra por parte de Atila y de la corte de Rávena en el año 450; pero esta vez el astuto rey huno encontró en la persona de Aecio un contrario digno de él y que entraba á la sazón en el período más glorioso de su vida. Fué inútil que Atila asegurara en la corte de Rávena que se armaba solamente contra los visigodos, y que tratara de hacer creer al rey visigodo en su capital Tolosa que sus preparativos de guerra estaban destinados á libertar la Galia de los romanos. Aecio no se dejó engañar y continuó sus armamentos, consiguiendo á fuerza de indecible trabajo obtener para el día decisivo el auxilio de todos los pueblos de la Galia, los borgoñones armoricanos, los francos sálicos, una parte de los francos ripuarios, los alanos y godos, sin contar guerreros sajones enganchados á toda prisa y en gran número, y las grandes masas de tropas romanas llamadas de todas partes. El 27 de noviembre de aquel año murió la emperatriz Placidia en Roma. Sus restos mortales fueron depositados en su magnífico panteón de Rávena, suceso que apenas llamó la atención en medio de los preparativos de guerra y en la expectativa del peligro enorme que amenazaba al Occidente.

En enero del año 450 pusieron en movimiento las masas de Atila en dirección al Rhin marchando por ambas márgenes del Danubio en dos inmensas huestes, de las cuales formaban parte los gópidos con su rey Ardarico, los ostrogodos con el suyo Valamero, y los guerreros de los pueblos que encontraron en el camino, entre ellos los turingios, que ocupaban entonces el territorio de los antiguos hermunduros, y una parte de los francos ripuarios. Las dos columnas, que juntas componían de 500,000 á 700,000 guerreros, pasaron separadamente el Rhin en su curso superior; una cerca de Tréveris, desde donde se dirigió á la Bélgica, y la otra acaudillada por Atila cerca de Estrasburgo, desde donde se dirigió á Metz y la tomó por asalto en la noche del 8 de abril, en que la Iglesia celebraba aquel año la Pascua de Resurrección. La ciudad fué destruida, y en la Champaña se reunieron ambos ejércitos, que desde allí pasaron por Chalons, Troyes y Sens. Delante de Orleans detúvose aquel mundo ambulante en el mes de mayo del año 451, porque el pueblo y la guarnición resistieron heroicamente todos los ataques, dando tiempo á Aecio de acudir á su socorro. Aecio, á cuyo ejército reunido en el interior de la Galia se habían agregado, después de mucho vacilar, los visigodos, emprendió en junio su marcha al Loira, y llegó á Orleans cuando los hunos

acababan de forzar la entrada y la sangre corría ya por las calles, defendidas paso á paso por los sitiados. Aecio y el príncipe visigodo Turismundo se arrojaron inmediatamente sobre los hunos, con lo cual sorprendidos los que habían penetrado en la ciudad, retrocedieron, y las bandas dispersas por la comarca dejaron el saqueo, llamadas por Atila, el cual juzgó prudente retroceder con sus masas, en gran parte de caballería, á las llanuras de la Champaña, donde podía desplegarlas y sacar más ventaja de ellas.

Aecio siguió con su ejército al enemigo, y le alcanzó en la llanura de Mauriacum, hoy *Mery-sur-Seine* al Mediodía de Chalons-sur-Marne, en la comarca conocida en la antigüedad con el nombre de *Campos Cataláunicos*. Allí debía darse la batalla que debía decidir del porvenir de Europa; allí se iba á resolver si la civilización del Occidente romano-germánico, los tesoros de la antigua cultura del mundo civilizado y las esperanzas de la joven raza germánica, cuyos primeros pasos en el camino de la civilización estaban enlazados con la nueva religión del mundo, tenían que ser defendidos contra el despotismo de una raza asiática y nómada, todavía enteramente inculta y bárbara, con mayor energía que en otro tiempo defendieron los griegos en Salamina su libertad contra el despotismo de los sátrapas.

En Mauriacum (Mery-sur-Seine), á dos horas de Troyes, en la víspera del día decisivo, los francos de Aecio cayeron sobre la retaguardia hunna, formada por los gópidos, y después de una terrible lucha que costó la vida á quince mil guerreros, forzaron el paso del Sena, donde estaba el ala derecha de las fuerzas hunas, cuyo centro mandaba Atila en persona. Al siguiente día, cerca de las doce de la mañana, comenzó la batalla decisiva. El frente de la línea de los hunos miraba al Noroeste. Atila con sus hunos mandaba el centro; el núcleo del ala izquierda estaba formado por los ostrogodos, mandados por los hermanos Valamiro, Teodomiro y Videmiro, de la raza de Amal, y el ala derecha por los gópidos á las órdenes de su rey Ardarico. De la parte de los romanos ocupaban el centro los alanos con su caudillo Sangiban; en el ala derecha estaban los visigodos y en la izquierda Aecio con las divisiones romanas. Entonces como siempre lucharon germanos contra germanos. La llave de la batalla era una eminencia suave que se elevaba hasta la altura de cincuenta metros, situada entre ambos ejércitos, donde hoy se hallan las dos aldeas de Premier Fait y Les-Grandes-Chapelles. Aecio y el príncipe visigodo Turismundo consiguieron ocupar aquella colina, obligando á Atila á atacarles en condiciones desventajosas. La sagacidad de Aecio, que tan bien conocía á los hunos, impidió que estos se aprovecharan de su ventaja principal, que consistía en el empuje formidable de sus masas de caballería con su terrible lluvia de flechas. Entablóse la batalla, que fué una carnicería espantosa y duró largas horas sin que cediera ninguno de los dos ejércitos, hasta que el ostrogodo Andax acertó á matar con su dardo arrojado al rey Teodorico, que montado en su caballo animaba á sus visigodos. Estos viendo caer á su jefe se encendieron en ira, y sedientos de sangre se lanzaron con tal empuje sobre los enemigos que tenían delante que les forzaron á retroceder; y Atila, á la entrada de la noche se vió precisado á retirarse á su campamento, detrás de la inmensa barrera de sus carretas.

Hasta la mañana siguiente no supo Aecio que había quedado vencedor. Ciento sesenta y cinco mil cadáveres cubrían el campo de batalla; pero Atila se presentó todavía tan enérgico que Aecio no se atrevió á provocar su resistencia desesperada con una nueva batalla, y no le molestó en su retirada hacia el Este. En ella el rey huno tuvo todavía muchas bajas de innumerables heridos que no pudieron seguir adelante y

de merodeadores, que fueron muertos ó quedaron cortados del ejército principal. Grandes divisiones de francos y borgoñones de observacion siguieron á los hunos hasta la evacuacion completa de la Galia.

Este grande hecho de armas de Aecio inspiró poca gratitud á la corte de Rávena, porque el inepto Valentiniano III se veia oscurecido por el gran capitán; la camarilla se componia tambien de gente miserable, y la manera brutal con que Aecio habia llegado al poder le habia creado demasia-

dos enemigos para que pudiese contar con la gratitud y admiracion leal de unos y otros. Por el contrario, la libre retirada de Atila, antiguo amigo de Aecio, fué calificada en términos duros y con comentarios malignos. Aecio, sin embargo, no tardó en tener otra ocasion en que pudo desplegar brillantemente sus grandes cualidades militares, porque Atila necesitaba desquitarse de su derrota, so pena de ver oscurecerse peligrosamente la mágica aureola de su fama; y en efecto, al llegar á la Panonia resolvió invadir desde allí



Capilla sepulcral de la emperatriz Placidia en la ciudad de Rávena, edificada en el año 440 y dedicada por la misma á los Santos Nazario y Celso. Es el modelo mas antiguo de una construccion de ladrillo, en forma de cruz, con los cuatro brazos abovedados y rematados en su cruce por una cúpula

la Italia. En Italia era mas difícil la posicion de Aecio por no poder contar con la cooperacion de los pueblos germánicos de la Galia; únicamente podia esperar el auxilio armado del emperador de Oriente Marciano, pero este no estaba preparado todavía. No tuvo, pues, Aecio mas remedio que abandonar por lo pronto el extremo Nordeste de Italia hasta Pavía y limitarse á defender el resto, apoyándose en el Po, en las fortalezas cispadanas y en los Apeninos. Atila, al invadir la Italia en el año 452, se vió detenido mas de lo que convenia á sus planes con los sitios de varias fortalezas, entre las cuales adquirió la de Aquileya la triste celebridad de su ruina. Esta detencion expuso al rey huno á las consecuencias de la estrategia de Aecio, porque cuando llegó á las llanuras del Po, cruzadas de canales, el ejército en general

habia gastado sus fuerzas contra los muros de las ciudades; la caballería huno no servia para nada al otro lado del rio, mientras el sol ardiente, las fiebres y la escasez de víveres diezaban las filas, y á la espalda de Atila iban ocupando su línea de retirada las tropas auxiliares del emperador Marciano. Aecio podia ya contar con un grande éxito de su estrategia habilísima cuando la miserable corte de Rávena perdió la paciencia, se acobardó y permitió que una embajada de senadores presidida por el papa Leon I el Grande fuese al campamento de Atila, cerca de Mántua, para negociar la paz. El huno no deseaba otra cosa, y no cupo en sí de alegría al ver que la débil y necia corte de Rávena le facilitaba el medio de salir del atolladero sin la inmensa é inevitable derrota que de otra manera le aguardaba. El papa Leon, que

gobernó la Iglesia desde el año 440 hasta 461, además de ser uno de los oradores sagrados mas notables, autor de las cartas mas famosas de su tiempo y estilista perfecto, brilló despues como hombre de Estado y de negocios sutilísimo, prudente y enérgico.

Atila evacuó la Italia á principios del año 453, y de regreso á su residencia habitual, murió súbitamente aquel mismo año, á la edad de 56, al celebrar su boda con una nueva esposa que acababa de añadir á las muchas que ya tenia. Con él concluyó el inmenso imperio que habia creado, pero sin ningun beneficio para el de Occidente, que se encontró sin fuerzas para aprovechar esta coyuntura. Los esfuerzos gigantescos que habia hecho para apartar dos veces el terrible peligro de los hunos lo habian dejado exhausto; y lo peor fué que la corte se apresuró á asombrar al mundo entero con una iniquidad de las mas repugnantes y estúpidas que en aquella época de asesinatos jurídicos, como los del general Teodosio y el gran Estilicon, se habian visto, á saber, el asesinato de Aecio.

A la muerte de Atila se disputaron sus hijos el trono, dando lugar á que los pueblos germánicos vasallos, los gépidos, ostrogodos, suevos y rugios cobraran ánimo para sacudir el yugo huno. En la batalla mortífera que se dió en el año 454 á orillas del rio Netad, en la Hungría septentrional (en aleman Waag), quedaron vencedores los germanos y muerto el hijo mayor de Atila, Ellak; el imperio huno se desmembró y las tribus propiamente hunas volvieron á ser lo que habian sido antes, tribus nómadas sin cohesion ni direccion que hubieron de retroceder gradualmente al Este, á las llanuras del Dniester y del Dnieper. El imperio de Occidente admitió á los ostrogodos como pueblo aliado y los estableció en la solada Panonia, donde los tres jefes hermanos amalungos, ó sea de la stirpe de Amal, formaron una especie de reino godo. Los gépidos se entendieron con el emperador Marciano y conservaron así su territorio, y los rugios, que quizás como los hérulos vivian agregados á los godos desde la primera invasion de estos en la Europa meridional, y se habian extendido á la Dacia cediendo á la primera presion de los hunos, fueron establecidos junto al Danubio entre Viena y Linz. Al Este de ellos se establecieron tambien las pequeñas tribus afines de los turcilingos, los esciros en el Sudeste de la Moravia y restos de tribus suevas y hérulas en la Hungría septentrional.

Esto bastó para que el emperador Valentiniano y sus palaciegos se creyesen ya libres de todo peligro, y por tanto tambien de la necesidad de acudir á la proteccion de Aecio. En tiempo anterior se habia atribuido á Estilicon, á falta de otra culpa, la de haber abandonado temporalmente á su suerte las provincias orientales; pero á la sazón no se podia acusar á Aecio de haber abandonado la Inglaterra, porque desde el emperador Honorio estaba ya reducida á sus fuerzas propias para defenderse contra los enemigos exteriores. Las fuerzas romanas se sostenian todavía en los castillos de la muralla de Adriano, en las fortalezas marítimas y en unas veintiocho plazas; pero las tribus salvajes de Escocia iban ganando terreno; Aecio no podia desprenderse de fuerzas, y una solicitud de auxilio que recibió el gobierno en 446 tuvo que ser contestada negativamente, con lo cual pudo entenderse que el gobierno renunciaba á esta provincia. Por tanto la Inglaterra para protegerse á sí misma fué llamando á su servicio, principalmente desde el año 440, bandas sajonas, que una vez establecidas en el país se extendieron y acabaron con el tiempo por apoderarse de todo el territorio británico.

No habia pues nada de qué culpar por este ni por otro la do á Aecio, cuyo único crimen consistia en hacer sombra al

emperador y á su camarilla, que se esforzaban, á falta de motivos, en rebajar sus méritos. Fué preciso para deshacerse de él armar una conspiracion contra su vida, y en efecto la urdieron el emperador y su mayordomo Heraclio. Aecio se hallaba en Roma en el año 454 para asistir á los desposorios de su hijo Gaudencio con Eudoxia, hija del emperador Valentiniano III y de Eudoxia, su esposa desde 437, hija de Teodosio II. El gran ministro creia robustecer con este enlace su posicion, pero estaba en un grande error. Llamado un dia á palacio para dar cuenta de su administracion, el emperador le suscitó un altercado violento, que le dió el pretexto para abalanzarse á Aecio, ayudado del mayordomo, y coserle á puñaladas.

A esta iniquidad infame siguió la ejecucion ó expulsion de muchas otras personas eminentes partidarias del difunto.

CAPITULO II

RICIMERO Y ODOACRO

A paso acelerado empujaron entonces los sucesos al imperio occidental á su ruina completa y definitiva. Por lo pronto el asesinato de Aecio fué vengado cruelmente. El patricio y senador Petronio Máximo, uno de los romanos mas ricos de



Moneda de cobre de Libio Severo

En el anverso se ve el busto de Libio Severo con la leyenda: D(ominus) N(oster) L(y)B(ius) (Seve)RVS P(ius) A(ugustus). En el reverso está el monograma de Ricimero, como dueño verdadero de lo que habia quedado del imperio de Occidente.—Se encuentra en el real gabinete numismático de Berlin.

aquella época, que habia sido prefecto de Italia y de Roma, y uno de los iniciados en la conspiracion contra la vida de Aecio, habia quedado doblemente burlado, porque no solamente no recibió recompensa alguna, sino que Valentiniano le deshonoró vilmente su esposa. Para vengarse, sobornó á dos soldados godos de la guardia imperial instándoles á que matasen al asesino de Aecio, y efectivamente, cuando el emperador en 16 de marzo de 455 se dirigia al tiro de arco en el Campo de Marte, fué acuchillado, juntamente con Heraclio, por los soldados. Al dia siguiente Petronio Máximo, á fuerza de liberalidades, se hizo proclamar emperador.

Extinguida la dinastía española en el imperio de Oriente y tambien su rama menor en el de Occidente, el asesino de Valentiniano no consiguió establecer la suya. El mundo romano comprendió con espanto lo mucho que habia perdido con la muerte de Aecio, el último romano, porque el terrible desastre ocurrido en la antigua capital del mundo unido á la certidumbre de no tener que temer ya al vencedor de Mauriacum, electrizó á todos los pueblos germánicos desde el Rhin hasta Cartago. En el Norte y Noroeste las tribus germánicas se derramaron por los territorios del imperio con fuerza irresistible, desalojando á los pueblos romanizados de sus propiedades y ocupando estas en su lugar, sin temor de que ningun capitán ni ejército romano les fuese á echar de su conquista, que en adelante solo se disputaron entre sí. Los francos sálicos subieron paso á paso, pero sin detenerse, la anchurosa cuenca del Escalda en direccion del Somme. Los francos del Rhin, conocidos por los pueblos de la Galia con el nombre de ripuarios y puestos bajo la proteccion de Roma como pueblo aliado en tiempo de Estilicon, y despues